

LIBRO SÉTIMO.

I.

¡Quién acota los fallos del destino
Ni el pié sujeta de la errante fama,
En medio del incógnito camino
Por do ráuda sus nuevas desparrama?
Su voz por el cristiano y granadino
Reino la historia pregonó de Alhama,
Y á par en su defensa como buenos
Se arrojaron Cristianos y Agarenos.

Por recobrarla Hasan desde Granada
Corrió con su veloz caballería,
Y á defenderla en masa levantada
Acudió la cristiana Andalucía.
Salió al campo Fernando: su morada
Abandonó Isabel, y lució el día
En que á mortal y decisiva guerra
Se aprestó de una vez la Hispana tierra.

Juntó Muley cincuenta mil guerreros,
De Alhama al avanzar por el camino,
A cinco mil valientes caballeros
Que trae del territorio granadino;
Y en el valle á la vez por cien senderos
Lanzando de su gente el torbellino,
En alas de la rábia que le inflama
Llegó el viejo feroz al pié de Alhama.

La voz de la morisca muchedumbre
La roca estremeció donde se asienta;
Mas Ponce de Leon desde la cumbre
La voz oyendo de la grey sedienta
De su sangre leal, la pesadumbre
Para aumentar del árabe y la afrenta,
Elevó las banderas Alhameñas
Al par de sus católicas enseñas.

Al verlas de los muros en la cima
Ondear Muley, con la encendida saña
De quien su honor manchado en nada estima
El asalto emprendió de la montaña;
Mas era el gefe que velaba encima
El mas ilustre capitan de España,

Y á la amenaza de Muley rabiosa
Contestó con sonrisa desdeñosa.

Vió el árabe monarca esta sonrisa,
Y al punto comprendió con pesadumbre
Que su impotencia el de Leon le avisa
Para asaltar la inaccesible cumbre.
De venganza la sed dióle mas prisa
Que discurso, y fió en la muchedumbre,
Y vió que sin inmensa artillería
Jamás á los cristianos rendiría.

Tarde lo vió; mas viendo con despecho
Que arriesgaba el honor y el tiempo urgía,
El mismo por el áspero repecho
Sus gentes al asalto conducía:
Y en impaciencia y en furor deshecho,
Contemplaba que solo conseguía
Abrir á sus valientes sepultura
De aquellos precipicios en la hondura.

La encanecida barba se mesaba
El iracundo rey, y de la empresa
No desistir en su furor juraba
Hasta cobrar la codiciada presa:
Correos tras correos despachaba
Máquinas de batir á toda priesa
Demandando, y tenaz en tal intento
Ante Alhama plantó su campamento.

Los peñascos minó, los manantiales
Cegó que daban agua á los sitiados,
Y de la villa en derredor sus reales
Circumbalando les dejó bloqueados.
Pronto de su constancia las fatales
Consecuencias sintieron los cercados,
Viendo que sin socorro pronto y fuerte,
Su esperanza mejor era la muerte.

El valeroso capitan cristiano
Que el apellido de Leon tenia,
Sin dar tregua al discurso ni á la mano
Su valor de Leon no desmentia:
Y viéndole al peligro el mas cercano

Siempre y do quier en vela noche y día,
No hubo un solo cristiano que cejara
Ni que matar por él no se dejara.

Infatigable, impávido, tranquilo,
Con el valor del héroe sereno,
Salió seis veces por oculto silo
El campo á sorprender del Agareno;
De agua otras cien por conservar un hilo
Que de un peñasco les quedó en el seno,
Peleó con el fango á la rodilla
Mientras bebían de él los de la villa.

En vano gran refuerzo poderoso
De hondas, ribadequines y lombardas
Llegó por fin al Árabe orgulloso;
El con sus arcabuces y espingardas
Continuo fuego sustentó animoso,
Y aunque ya asaz por el cansancio tardas
Las manos, de tronar sobre las rocas
Jamás cesaron sus ardientes bocas.

Asombrado Muley de tanto arrojé,
Pactos amigos al marqués propuso;
Mas Ponce de Leon con grande enojé
A sus mensajes sin dudar repuso:
"Cuando en Alhama mi estandarte rojo
"Roja de sangre infiel mi mano puso,
"No fué para quitarle á tu venida,
"Sino bajo él para dejar la vida.

—Pues bien, dijo Muley, serás mi esclavo
"Ya que no te contenta ser mi amigo."
—Mejor me está la esclavitud al cabo."
Replicó fieramente D. Rodrigo.
"Muere pues," dijo al irse el viejo bravo.
"Dios de mi honrado fin será testigo."
Dijo el marqués; y el moro y el cristiano
Volvieron á sus armas á echar mano.

Ensordeció otra vez la artillería
Los precipicios cóncavos de Alhama,
Y el cristiano valor vió en su agonía
De su esperanza vacilar la llama.
Habían hecho ya cuanto podía
Hacerse por la patria y por la fama
Los castellanos, mas al fin mortales
Se agotaban las fuerzas corporales.

Rayaba ya la postrimera aurora
Que podía alumbrar su resistencia:
Postrer asalto de la hueste mora
Iba fin á poner á su ecistencia,
Y, viendo sin pavor su última hora,
De su muerte aguardaban la sentencia;
Mas Dios que no abandona al buen cristiano
Entre Alhama y Muley tendió su mano.

La luz de las hogueras con que invoca
Socorro el pueblo á la invasion espuesto,
De ciudad en ciudad, de roca en roca,
Se difundió por el país bien presto;
Y al resplandor que á pelear convoca

El peligro de Alhama manifiesto,
De Cristo por los campos andaluces
Avanzaron las lanzas y las cruces.

Aloso de Aguilar, el compañero
De armas de Ponce de Leon, la gente
De sus estados allegó el primero;
Y cruzando los montes diligente,
Como una estatua de bruñido acero
Asomó sobre un cerro del oriente,
Y el sol como un fantasma de luz y oro
La presentó á la vista del rey moro.

Los hermanos Giron, de Calatrava
Con la legion ecuestre aparecieron
Por un valle de saúces: con su brava
Infantería por el sur salieron
Los Córdovas de Cabra, y por la caba
De un monte que al cruzarle descubrieron,
Asomaron, los dos bajo una enseña,
El conde de Alcandete y el de Ureña.

Mirábalos Muley, considerando
Su fuerza escasa para sérios fines
Y se aprestaba á acometerlos, cuando
Del montuoso horizonte á los confines
Vió de peones numeroso bando,
Y en el agudo son de sus clarines
Conoció y en sus cárdenos pendones
De Enrique de Guzman los escuadrones.

Con ira entonces comprendió que junto
Un ejército entero en su mal era,
E impío blasfemó viendo en un punto
Venir sobre él la cristiandad entera;
Y mirando avanzar un buen conjunto
Los ginetes cristianos por do quiera,
Cual jabalí acosado por los perros
Alzó su campo y se acogió á los cerros.

Desde ellos vió con cólera impotente
Sus postigos abrir á los de Alhama;
Y echando al corazon la mano ardiente
A contener la hiel que se derrama
En sus hinchados vasos, y la frente
Al peso del baldon que se la infama
Doblando, con ahogado y ronco grito
Esclamó: "¡Alahuakbar! estaba escrito."

Entonces silencioso y cabizbajo
De sus gentes cubrió la retirada,
Rechazando por sí, no sin trabajo,
De las huestes de Ureña una avanzada.
Cuando en salvo la vió, por un atajo
Se encaminó otra vez hácia Granada,
Seguido de unos pocos caballeros
De su aciaga fortuna compañeros.

Mas ¡ay! su estrella en la gentil Granada
Para siempre su luz oscurecía,
Y era ya aquella la postrer jornada
Que hacer por ella como rey debía.
Ya en la Alhambra de rayos coronada

Estrella mas feliz resplandecia,
Y á otro pendon que al de Muley su gloria
Otorgaba versátil la victoria.

En la vega al entrar, de una colina
Al revolver el áspero sendero,
De la luna á la lumbrer mortecina
Vió correr hácia él un caballero.
Era un doncel de raza granadina
Que, ante él parando el fatigado overo,
Dijo con voz por la carrera ahogada:
"Tente, señor: no vuelvas á Granada.

—¿Por qué? dijo Muley.—Porque ya llegas
Tarde: de ella Abdilá se ha apoderado.
—Y mi Wazir Abú-l-Kasin-Ben-Egas?
—Está en los Alixares encerrado.
—¿Y mi Zoraya?—De las turbas ciegas
Por milagro no mas se ha libertado:
Los pocos fieles que te quedan vivos
Te buscan por la sierra fugitivos.

—¿Todo pues lo perdí?—La honra te queda.
—Te engañas, infeliz; sin ella vengo.
—La puedes recobrar mientras que leda
Se conserve tu fé.—Ya no la tengo
Tampoco: es fuerza que al destino ceda,
Su ley fatal á obedecer me avengo.
—Aun te resta, señor, una esperanza.
—¿Cuál?—La mejor de todas: la venganza.

—Tienes razon. ¿Podemos todavía
En el alcázar penetrar?—Acaso:
Si te ayuda tu intrépida osadía
Yo puedo abrirte hasta la Alhambra paso
En las tinieblas de la noche.—Guia:
Y si á ella subo, como frágil vaso
Quebrantaré de Aixa y de su hijo
La existencia fatal que Aláh maldijo."

Y el rey á la venganza decidido
A los que son con él la faz volviendo
Les dijo: "A este mancebo habeis oido;
Uniros á mi suerte no pretendo,
Abandonad si os place al rey vencido."
Mas la mano los Arabes poniendo
De los corvos alfanjes en los pomos,
Respondieron resueltos: "Tuyos somos."

Metió Muley á su corcel la espuela,
Y echando por delante al granadino,
Pensando en sorprender su ciudadela
Hácia Granada continuó el camino.
Mas ¡ah! en vano el hombre se rebela
Contra la ley de su fatal destino,
En vano avasallar quiere á la suerte:
La voluntad de Dios siempre es mas fuerte.

Era la hora en que entregado al sueño
Abu-Abdil, en la Alhambra aposentado,
Soñaba con el bien de que era dueño,
Con el cetro que á Hasan habia robado.
Aixa tambien desarrugado el ceño

Su saña habiendo y su ambicion saciado,
Al fin vengada de su infiel esposo,
Entregábase en brazos del reposo.

Era todo silencio en el recinto
Del régio alcázar de la corte mora:
Reinaba en su dorado laberinto
Del descanso la paz reparadora,
Cuando el eco de un ¡ay! claro y distinto
De sala en sala retumbó á deshora,
Y el jóven rey de sus estancias dueño,
Al eco de aquel ¡ay! rompió su sueño.

Oyólo al par la varonil sultana
Su madre, y fuera del suntuoso lecho
Lanzándose veloz á la ventana
Escuchó atentamente largo trecho:
Sus sentidos sutiles de africana
Y el velador instinto de su pecho
La revelaron el terrible arcano
De aquel ¡ay! eco del dolor humano.

Escuchaba el rey moro todavia
El eco de aquel lúgubre gemido,
Cuando su madre con vigor le asia
Por el brazo en que estaba sostenido.
"Levántate, hijo mio, le decia,
Levántate, Abdilá: nos han vendido.
—¿Qué pasa, madre? preguntó el mancebo.
—Tu padre busca á la venganza cebo."

Su alfanje Abú-Abdil blandió desnudo
Y asiendo de un clarín con gran coraje,
En los senos lanzó del aire mudo
Una sonata de Africa salvaje.
De aquel bárbaro son al eco agudo
Se estremeció su guardia Abencerrage,
Y de su riesgo prócsimo avisada
Acudió junto al rey precipitada.

Y á tiempo fué. Su yatagan sangriento
Muley blandiendo apareció á sus ojos
Por la puerta del prócsimo aposento,
Rebosando sacrílegos enojos.
Feroz vampiro de su carne hambriento,
Sus brazos muestra con su sangre rojos,
Y con los ojos en su sangre fijos
La sangre anhela de sus propios hijos.

Helóse de terror á su presencia
Toda la guarnicion de la alcazaba:
Aixa, empero, abrasada de impaciencia
Empuñó un arcabuz gritando brava:
"¡Muera el tirano!" al punto con violencia
Lid fratricida sin cuartel se traba:
En el mismo aposento en que nacieron,
Los hijos con los padres se batieron.

Peleaba Muley como un demente,
Y á Aixa los suyos de la lid sacaron:
Hallarse no lograron frente á frente
Los dos reyes por mas que se buscaron.
Llamaba á Abdil con cólera estridente

El viejo rey, cuando sobre él cargaron
Tantos al par, que sin lograr su objeto
Cejó y huyó por corredor secreto.

En el versátil vulgo confiando
Descendió á la ciudad por una cueva,
Juntar creyendo poderoso bando
Con que arruinar la monarquía nueva.
Metióse, pues, por la ciudad llevando
Audaz á cabo tan osada prueba,
Y en un momento la ciudad entera
Campo sangriento de batalla era.

Do quier se escuchan con vapor lamentos,
Ayes de muerte y gritos de pelea:
A salvarse no mas todos atentos,
Solo en salvarse cada cual se emplea:
No hay nadie que en tan críticos momentos
Presa de los cristianos no se crea:
Nadie á juzgar la realidad se para,
Nadie ve dónde, ni de quién se ampara.

En tanta confusion, en duelo tanto,
Abandonando Hasan la lid confusa,
Va á los umbrales á llamar de cuanto
Moro por su parcial la fama acusa;
Mas, al reconocerle, con espanto
Seguirle todo musulman rehusa,
Porque se hundieron su prestigio y fama
Bajo su triste expedicion de Alhama.

Su nombre con horror de boca en boca
Rápidamente en las tinieblas pasa,
Y por do quiera contra él evoca
Ira sin compasion, rencor sin tasa:
Cobra valor la muchedumbre loca,
Y al correr la verdad de casa en casa,
Por rejas, ajimeces y balcones,
Comienzan á asomar luces y hachones.

Comiézase á ordenar la gente fiera
Del albaycin: tremólanse estandartes
Que atraen á sí la juventud guerrera
Y conócense al fin por ambas partes.
¡Aláh por Bú-Abdil! gritan do quiera;
Y descubriendo las traidoras artes
A que echa Hasan para vengarse mano,
Gritan dando sobre él: ¡muera el tirano!

Desengañado el viejo vengativo
Abandonó su despechada empresa,
Dándose por feliz en salir vivo
Favorecido por la sombra espesa;
Y con veinte ginetes fugitivo
Que aun le seguian, caminó con priesa
Muley hácia los altos alijares
Donde aun tiene Zoraya sus hogares.

Allí la favorita con Ben-Egas
Le aguardaba á caballo: á marchar prestos,
Sus guardias negros como estatuas ciegas
Por él se hallaban á morir dispuestos.
"Vamos, dijo Muley.—A tiempo llegas,

Repuso Abú-l-Kasin: Aixa mis puestos
Descubrió ya, y á su merced estamos.
—¡Maldita sea! dijo el rey: huyamos."

Y entrando por las lóbregas laderas
De la sierra fragosa y escarpada,
Aprovecharon cautos las postreras
Sombras para alejarse de Granada:
Y del alba siguiente á las primeras
Luces el que fué rey ya no era nada:
El reino se le huyó de entre los brazos
Y su cetro al caer se hizo pedazos.

¡Clemente Aláh, que como aristas secas
Las mas robustas fábricas quebrantas,
Los pueblos hundes, y las razas truecas
Bajo el polvo que en pós dejan tus plantas!
Del hombre vil las vanidades huecas
¡Cómo han de interrumpir tus leyes santas?
De Hasan tocó tu soplo en la corona,
Y fué. ¡Dios bueno, lo que fué perdona!

II.

Llena al fin de su enojo la medida,
Abrió el Señor la urna en que atesora
De las naciones la acotada vida:
De ella arrojó la de la estirpe mora,
Y al caer en la nada desprendida
De su mano, con voz imperadora,
Dijo Dios á Isabel: "He aquí tu dia:
Parte, rayo de fé: tu empresa es mia."

Y por el fuego de la fé abrasada,
Por la celeste mano compelida,
Los brazos Isabel tendió á Granada,
Que por sus brazos se sintió ceñida
Con angustia mortal; y al punto armada
Y con el sayo de la cruz vestida,
Aparicion marcial salió á campaña
La fé invocando y el honor de España.

A su inspirado y vigoroso acento,
La nobleza leal de Andalucía,
Pareció ante Isabel en un momento,
Rebosando valor y bizarría.
Llenas de emulacion con su ardimiento
Cuantas provincias en su reino habia,
Su gente enviaron de pelea en planta
En derredor de su bandera santa.

Encendida en sus bélicos deseos,
Desde Córdoba envió con gran premura
Numerosos y rápidos correos
A Toledo, Leon y Estremadura.
Cuantos gozaban en su nombre empleos
O de su autoridad investidura,
Su intimacion de guerra recibieron
Y en campaña obedientes se pusieron.

Cartas atentas escribió á sus damas
Para que á sus amantes y maridos,

De los troncos mas nobles ramas,
La enviasen á la lid apercebidos;
Y por los pueblos esparció proclamas,
Llamando á los mancebos atrevidos
A romper una lanza en la campaña
Por el honor y libertad de España.

De su entusiasmo el religioso influjo
Derramó el entusiasmo por do quiera,
Y cuanto noble su nacion produjo
En redor acudió de su bandera.
Sus vasallos á Córdoba condujo
Todo varon que diez tuvo siquiera,
Y en cada hora nueva que sonaba
Un valiente á Isabel se presentaba.

Ella entre tanto en vastos almacenes
Depositó profusas provisiones
De granos, vinos y cecinas, bienes
De que abundan sus fértiles regiones:
Acopió ropas y armas: montó trenes
De batir, con lombardas y cañones:
Soldados instruyó que los sirvieran,
Y acémilas compró que los movieran.

No se escusó ni un noble Castellano
De acudir de Isabel á la cruzada,
Y no quedó un solar en monte ó llano
De que no hubiese en Córdoba una espada.
Todas las joyas del valor Hispano
Fueron á tomar parte en la jornada,
Sombreado sus bizarros escuadrones
De sus casas mas ricas los pendones.

Vino el primero el cardenal de España
Con escolta lucida y numerosa:
Desde el campo feráz que el Ebro baña,
El buen duque llegó de Villa-hermosa,
Trajo el conde de Cabra de montaña
Ballesteria diestra y vigorosa;
Y á los suyos el conde de Cifuentes
Trajo armados de hierro hasta los dientes.

Vinieron los del pródigo Infantado
Armados de broquel, puñal y clava,
Con rico arnés azul empavonado:
Vino la gente de Albuquerque brava
Con ancho escudo y espadon pesado,
Y la órden militar de Calatrava,
Llegó, con su maestre á la cabeza,
En caballos de indómita fiereza

Trajo Medinaceli Sevillanos
Sobre pintadas yeguas caballeros,
Y el de Ureña ginetes Jerezanos
En potros como el céfiro ligeros;
Vinuesa de leales castellanos
Trajo gran peloton de espingarderos,
Y leoneses con enormes mazas
Que hendian los broqueles y corazas.

Trajo Fernando de Aragon sus huestes,
Y con ellas vinieron de Navarra

Los montañeses ásperos y agrestes,
Al tiro afectos del balon y barra;
Los de Aza y Urgel jamas contestes
Armados de morisca cimitarra,
Y los deudos de Pedro de Velasco
De abigarrado y penachudo casco.

Desde el muro hasta la árabe alcazaba,
De los Kalifas oriental palacio,
Córdoba un campamento semejava:
De sus plazas y calles el espacio
El aparato militar llenaba;
Y de lejos brillar como un topacio
La vian los vecinos montañeses
Alfombrada de auríferos arneses.

Y hé aquí que de un balcon que la domina,
Contemplaba Isabel la roja hoguera
Del sol arder tras la postrer colina,
Cuando dobló tendido á la carrera
La falda de la loma mas vecina
Un corredor cristiano de Antequera,
Que en nombre de los héroes de Alhama
Bastimentos y víveres reclama.

Su mensaje al oír Fernando, al punto
Convocando en su estancia su consejo,
Pidió opinion sobre tan grave asunto.
Pedro de Vargas, capitan ya viejo,
Frontero en territorio á Alhama junto
Y el país conceder, espejo
De los cristianos gefes fronterizos,
Dijo mostrando al rey sus blancos rizos:

"Mi existencia, señor, pasé en la guerra
Y aun no esquivo por débil la batalla,
Ni el viejo corazon que aquí se encierra
Late aún con temor bajo la malla;
Pero conozco bien aquella tierra:
Alhama es un peñasco que se halla
Cercado por do quier de plazas moras
Que le tendrán en riesgo á todas horas.

Mantenerla no pudo vuestro abuelo
San Fernando, señor, y es necesario
Que para conservar su inútil suelo
Empleeis la mitad de vuestro erario.
Con cinco mil ginetes aun recelo
Que será su destino bien precario,
Porque cada convoy que hasta allí llegue
Fuerza es con sangre que el camino riegue.

Solo quien tenga guarnicion en Loja
La podrá conservar, y aun así un dia
Puede que el Moro por traicion la coja.
Si yo fuera que vos, la quemaria,
Y de su incendio con la lumbre roja
A Granada una noche alumbraria,
Dejando en su ceniza al rey pagano
Un testimonio del furor cristiano."

Dijo el anciano Vargas. Los prudentes
Y graves consejeros que le oyeron,

Sus razones hallando suficientes,
A su opinion unánimes se unieron:
"De Alhama retirad á vuestras gentes
Y quemadla, señor," al rey dijeron:
Mas Isabel que los escucha y mira
Llena exclamó de generosa ira.

"No permita el Señor que se abandone
Prenda de tal valor de esa manera,
Ni que vileza tal nos ocasione
Escarnio ser de la morisma entera.
No quiera Dios que entre ellos se pregone
Que, del peligro en la ocasion primera,
Ni en Dios ni en nuestro brio fé tenemos,
Ni lo nuestro á guardar nos atrevemos.

"No se hable pues de abandonar á Alhama:
Cuando á lidiar mis gentes he traído,
No para empresas sin peligro y fama,
Para las dignas de héroes ha sido:
Auxilio Alhama de su rey reclama
Y yo se le daré, que á eso he venido;
No ha de cejar ni descansar mi gente
Sino cuando en la Alhambra se aposente."

Dijo Isabel: y á la ciudad bajando,
Cabalgando en su rápida hacanea
"¡A Alhama! . . . dijo al castellano bando,
Conmigo á Alhama quien valiente sea!"
¡A Alhama! las banderas desplegando
Clamó toda la gente de pelea;
Y tras la reina que su ardor inflama
Se encaminó el ejército hácia Alhama.

¡Miserio Abú-Abdil! con luz incierta
Ya tu estrella fatal sobre tí brilla:
Recuerda tus horóscopos: despierta.
¡Apresta tu corcel y tu cuchilla!
Ya de la Alhambra á la dorada puerta
Ya á llamar con ejércitos Castilla,
Y á echar van sobre tí los Españoles
De siete siglos los sangrientos soles.

III.

Dejó Isabel á Alhama guarnecida,
Sus muros y baluartes la repuso,
Y, en templo su mezquita convertida,
Segura guarnicion en ella puso.
A Luis Portocarrero á su salida
Por su alcaide nombró, quien, segun uso
De los fronteros gefes castellanos,
Conservarla ó morir juró en sus manos.

El Católico rey dejar queriendo
A los moros señal de aquella entrada,
En sus fronteras con estrago horrendo
Se corrió por su tierra amedrentada,
Y su bizarro ejército metiendo
Por la fecunda vega de Granada,
Incendió mieses, arrasó olivares,
Robó ganados y asoló lugares.

Los moros que estos daños achacaron
Del furioso Muley á la imprudencia,
Partido al punto por Abdil tomaron
Y rey le proclamaron en su ausencia.
Las tropas de Muley le abandonaron,
El vulgo le mofó con insolencia,
Y á Málaga, frustrada su esperanza,
Huyó por fin sin alcanzar venganza.

Aixa, empero, temiendo la inconstancia
Del pueblo, y conociendo que en el trono
No tendria Abdilá segura estancia,
Sino haciendo venir de él en abono
Alguna empresa ó triunfo de importancia
Que al vulgo deslumbrara, y que su encono
Contra Hasan aumentara, con secreto
Se preparó para lograr su objeto.

Congregó los mas diestros capitanes
De todas las opuestas banderías,
Y desechando y rehaciendo planes,
Oyendo escuchas y escuchando espías,
Realizó sus solícitos afanes
Aprontando por fin en breves dias
Numerosa y segura cabalgada,
De espléndido botín esperanzada.

"Probernos á los reyes castellanos
Que aprovechar sabemos sus lecciones,
[Dijo á su hijo Abdilá). Pues nuestros llanos
Talan, sal á talar sus posesiones.
En nuestras tierras por llenar sus manos
Sus castillos están sin guarniciones;
Lo que hallan, pues, en nuestra vega amena
Busca tú por sus campos de Lucena."

Comprendió el jóven rey á la sultana,
Y ganoso de gloria, y con deseos
De probar en la tierra castellana
El valor que ha ostentado en los torneos,
Con gallardía juvenil y ufana
Resolucion, sus bélicos arreos
Vistiendo, mostró el jóven soberano
Su alma de rey y origen africano.

IV.

¡Qué hermosas son las noches de Granada!
¡Cuánto placer la atmósfera respira!
¡Con qué rumor tan grato perfumada
Susurra el áura que en sus huertos gira!
Su misteriosa soledad, poblada
De árabes genios, languidez inspira,
Y no encierran los senos de su sombra
El vago miedo que en la noche aombra.

El canto de los pájaros canoros
Que anidan en sus bosques embebeco:
El ruido de sus árboles sonoros
Y de sus frescas aguas adormece,
De la brisa en los pliegues incoloros
Estasiado el espíritu se mece:

Todo reposa allí bajo el imperio
De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad, cuyas historias
Piden del rey profeta el arpa de oro:
Sultana del Genil, cuyas memorias
Evoco á solas y en silencio adoro;
Alcázar oriental de cuyas glorias
Envidioso está el mundo, bien el Moro
Dijo al decir que la mansion divina
Está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
Se ve la faz de Dios que centellea:
No hay quien detras de tu flotante velo
La omnipotencia de su ser no vea.
No hay quien escrita en tu fecundo suelo
La realidad de su poder no lea:
No hay quien contemple tu nocturna calma
Sin alzarle un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendicion! ¿quién no te adora?
Tierra de amor, en que el placer se anida,
En tus dulces recuerdos se atesora
Toda la gloria de mi inquieta vida!
¿Quién de tí, si te ve, no se enamora?
¿Quién tus noches espléndidas olvida?
Bien hizo el que á tus pies por no perderte
Peleano tenaz buscó la muerte

Es una noche azul de primavera.
Millones de lucientes luminaires
Dan tibia luz á la terrestre esfera;
De flores aromáticas millares
Alfombran ya la tierra, y la ligera
Brisa en la régia estancia de Comares,
Introduce sus vírgenes olores
A través de los áureos miradores.

Sobre cojin morisco reclinada,
Los pies doblados sobre escasa alfombra,
Yace la que de la árabe Granada
Al fin sultana sin rival se nombra.
Rico dosel de seda cairelada
Da á su lánguida faz templada sombra,
Y pantalla chinesca en su penumbra
Guarda el mechero que el salon alumbraba.

Es la azucena pálida de Loja:
Es de Aly-Athár la tímida gacela:
Es la mujer que, trémula cual hoja
De triste sauce, duda, ama y recela:
Moraima es, cuyo ánimo acongoja
Pesar secreto que la tiene en vela.
Es la sultana de cabellos de oro
Que el alma hechiza del monarca moro.

Kaël, su negro y perspicaz Nubiano,
Yace á sus piés con languidez tendido;
La frente apoya sobre la ancha mano
Fatigado tal vez, tal vez dormido;
Mas la mirada fija del enano
Y la abierta nariz y atento oído,

Al que su instinto y lealtad comprende,
Advierten que sagaz á todo atiende.

En el oscuro camarín, formado
Por la maciza fábrica del muro,
Y en donde se abre el ajimez dorado
Que da aire y luz al aposento oscuro
Al estilo de Oriente fabricado,
Contempla el cielo otra mujer; su duro
Contorno sobre el cielo se destaca,
Pues fuera del balcon el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
El génio protector del Islamismo,
Que desde aquella arábica ventana
Mide del porvenir el hondo abismo.
Génio tenaz, encarnacion humana
De la fé, del valor y el heroismo;
Génio que, á aparecer en otra era,
Mentir á los horóscopos hiciera.

Con el rumor del bosque confundidos
Que sombrea la torre de Comares,
Trae el áura fugaz á sus oídos
Del bullicioso pueblo los cantares.
A sus vasallos quiere entretenidos
Tener el nuevo rey en sus hogares,
Y el mal que sus horóscopos predicen
Cantando olvidan y á su rey bendicen.

Pero Aixa, que jamás en ilusiones
Se adormeció y á quien la edad avisa
De que las populares ovaciones
Tan efímeras son como la brisa
Que su murmullo trae á sus balcones,
Con desdeñosa y lúgubre sonrisa
Su son escucha, que al rayar el día
Ser puede amotinada vocería.

Todo en la régia cámara reposa:
Agenos al turbion de los placeres
De la morisca corte voluptuosa,
Aquellos tres tan diferentes seres
Tristes meditan. A la fin la esposa,
La mas inquieta de las dos mujeres,
Dando sin duda al pensamiento giro
Distinto, débil exhaló un suspiro.

Llamó de Aixa la atencion el eco
De aquella exhalacion enamorada,
Y del balcon dejando el fondo hueco
Fijó en Moraima su glacial mirada;
Y con el tono desabrido y seco
De su voz, á mandar acostumbrada,
La dijo: "Afrenta de las reinas moras,
Espíritu cobarde ¿por qué lloras?"

No lloraba Moraima todavía,
Mas tan duras palabras la preñaron
De lágrimas los ojos. Muda, fria,
Aixa las vió cuando á la faz brotaron
De la débil mujer que las vertía;
Las vió, mas conmovérlos no lograron,

Y con régio desden á paso lento
Comenzó á atravesar el aposento.

Mas al llegar del arco á los umbrales,
De la alberca en el patio embaldosado
Anunciaron los roncocs atabales
Al rey por las sultanas esperado.
Seguido de sus deudos mas leales
Llegó Abdilá para el combate armado:
Sonrió al verle con su arnés mas bello
Aixa, y Moraima se abrazó á su cuello.

"¡Tan pronto! dijo la afligida esposa.
— Ya tarda, dijo la valiente madre.
— Aláh te vuelva!.. murmuró la hermosa:
— Mas si no vences volverá tu padre:
Añadió la Africana vigorosa.
— Antes cristiana lanza me taladre!"
Dijo el mancebo rebotando enojos,
Y un rayo de rencor brilló en sus ojos.

Entonces la sultana: "En paz os dejo:
(Añadió con voz grave) despedios
A solas, pero ved que no me alejo;
No me le quites con tu amor los brios
Que necesita." Y, torvo el entrecejo,
Se sumió en los tortuosos y sombríos
Corredores, dejándoles á solas
Del mar de su aficcion entre las olas.

En silencio abrazados los esposos
Largo espacio quedaron: el esceso
De su dolor en ayes angustiosos
Exhalaba Moraima, mientras preso
Mantenia en sus brazos cariñosos
A Abú-Abdil: dióla él un tierno beso
De su cariño en la efusion sincera,
Diciéndose los dos de esta manera:

BU-ABDIL.

No llores, alma mia: cobra aliento:
Llevo todo mi ejér. ito conmigo.

MORAIMA.

Abdil, tengo el fatal presentimiento
De que no has de volver: yo te lo digo.
He soñado, mi bien, tu vencimiento,
Y mi sueño es leal. Mi dulce amigo,
Manda tus capitanes á la guerra:
Tú eres el rey; no salgas de tu tierra.

BU-ABDIL.

Moraima de mi vida. ¿No comprendes
Que tu congoja mi valor me quita?
Esta salida que evitar pretendes
Es nuestra salvacion. Se necesita

Que el pueblo crea en mi valor, ¿entiendes?
El rey ha de ser rey. Ve á la mezquita
A orar; mas oye ¡oh flor de mis amores!
Delante de mi madre nunca llores.

Mi madre es una reina verdadera,
Cuyo orgullo jamas ha concebido
Que un rey pueda llorar. Tu amor modera
Ante ella y muestra del dolor olvido:
Porque ella, aunque á sus piés morir nos viera,
No exhalara, Moraima, ni un gemido;
Matar sobre nosotros se dejara,
Mas creyera infamarse si llorara.

MORAIMA.

¿Qué culpa tengo yo de que Aláh santo
Débil mujer me hiciera y no sultana
Feroz como ella? Contener mi llanto
No sabré yo ni tarde ni mañana,
Y soñaré de noche con espanto
Que muerto yaces ó en prision cristiana,
Sin mí llorando ó demandando á voces
El fin de tus horóscopos atroces.

BU-ABDIL.

¡Calla, Moraima, calla: me estremece!
Creo que tu eesaltada fantasía
En la locura te despeña á veces.
Déjale al vulgo que la suerte mia
Juzgue fatal al árabe, y tus preces
Dirige á Aláh, para que llegue un dia
En que contra ellos la victoria arguya
Y el triunfo mis horóscopos destruya.

¡Adios! yo parto á pelear ahora;
Mas cálmate, bien mio, porque creo
Que en esta correría asoladora
Voy solo á dar un militar paseo
Y á recoger botin. ¡Adios! que es hora
Ya de partir y á la sultana veo.

MORAIMA.

¡Aláh te guie!

BU-ABDIL.

Hasta volver contigo.

MORAIMA.

¡Ay! que no volverás, yo te lo digo.

Esta fué la siniestra despedida
De Moraima y Abdil. Muda y serena
Aixa del corredor á la salida
Se presentó, y á impulso de su pena
Mortal se desplomó desvanecida
Moraima. Partió el rey para Lucena
Y fué su madre á despedirle al muro,
Fiando á Dios el porvenir oscuro.